

EL NIHILISMO EN *CRIMEN Y CASTIGO*  
DE DOSTOIEVSKI\*

Joan B. Llinares  
(Universidad de Valencia)

I. EL NIHILISMO, DOSTOIEVSKI Y LA VIENA DE WITTGENSTEIN

En su gran ensayo sobre la cultura en la Viena del *finis Austriae*, Josep Casals explica que Mauthner, asumiendo lo que habían dicho del carácter ficcional e ilusorio del yo Nietzsche y Mach, mostró la identidad entre muerte de Dios y muerte del sujeto, con lo cual plasmó «el enlace entre impresionismo y nihilismo característico del modernismo vienés». <sup>1</sup> He aquí, pues, que el *nihilismo* es uno de los componentes específicos de dicha cultura. Ahora bien, ¿qué significa ese término que enseguida remite al filosofema nietzscheano «Dios ha muerto» y que se engarza tanto con tesis de filosofía de la religión como con tesis de filosofía del lenguaje y de crítica de la metafísica sustancialista? ¿De dónde procede? ¿En qué tramas diversas extiende sus sombras?

En la puntual propuesta genealógica de este concepto que intentaré elaborar ha tenido relevancia el hecho de saber, como bien subraya Casals, que la lectura de Dostoievski ayudó al joven Wittgenstein de la época de la escuela de oficiales de Olmütz y del cautiverio en Montecassino a «perfilar una visión más poliédrica», <sup>2</sup> a concebir lo genial de modo diferente a como lo hacía Weininger en la estela clásico-romántica, <sup>3</sup> acercándolo con reservas a Kraus, e incluso a reconocer la condición de límite del sujeto solipsista, con sus dos lados fluctuantes, como descubrió en el caso de varios personajes de *Los hermanos Karamazov*. <sup>4</sup> El mismo Wittgenstein dijo en Montecassino que se veía como un

---

\* El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación HUM2005-04665, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y los fondos Feder de la Comunidad Europea; también es resultado del proyecto de investigación UV-AE-20050987 dotado con fondos de la Universidad de Valencia.

<sup>1</sup> J. Casals, *Afinidades vienesas. Sujeto, lenguaje, arte*, Anagrama, Barcelona, 2003, p. 212.

<sup>2</sup> J. Casals, *op. cit.*, p. 278.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 279.

<sup>4</sup> *Idem*.

renacido, «lo que no dejó de ser interpretado por su amigo Parak como un eco de *Crimen y castigo*». La referencia es muy pertinente y hasta literal, basta con releer las dos últimas páginas, o incluso los dos últimos párrafos, del «Epílogo» de la citada novela para poder comprobarlo. Casals ratifica el peso de tal confesión: «Ciertamente, ahora Ludwig ha llegado al punto más alto de claridad y –con Dostoievski– se ha asomado al otro lado». <sup>5</sup> El encuentro con la obra del novelista ruso dejará su huella en la obra del filósofo y marcará también sus reflexiones sobre estética: «Tanto por el lado de la inmanencia como por el de la profundidad simbólica, el arte nos confronta a la ausencia de fundamento. Y eso –lucha, tensión– es algo que Wittgenstein percibe en el arte a partir del punto de inflexión marcado por Dostoievski, pero también a partir de una secuencia artística que se inicia en Beethoven, continúa con Bruckner y termina en un músico para el que Dostoievski fue tan importante como para él mismo: Gustav Mahler». <sup>6</sup> Así las cosas, si mediante la lectura que haré del gran novelista ruso conseguimos seguir la pista del nihilismo y ampliar la información sobre las influencias y líneas de fuerza que se cruzaban en ese paradigmático momento de la cultura europea que nos convoca, estas páginas estarán legitimadas y habrán alcanzado su objetivo.

## II. PARA UNA GENEALOGÍA PROVISIONAL DEL NIHILISMO

En un célebre ensayo de 1932, titulado *Tras el nihilismo*, Gottfried Benn indica que al abordar esta cuestión estamos ante un tema hartamente conocido, que ya empezó a fraguarse con la muerte de Goethe, símbolo del fin de una época que había comenzado en la Grecia arcaica. En efecto, desde Helmholtz en 1847 –según dice el médico y poeta berlinés– la naturaleza es un mecanismo susceptible de total inteligibilidad y formulable matemáticamente, reducible, pues, a unas pocas leyes generales. Y desde Darwin en 1859, con la teoría del origen de las especies, se refuerza la concepción del ser humano como animal y se reconoce la victoria de los más fuertes en sus luchas raciales, económico-laborales, coloniales e imperiales. Surge así, con el superficial optimismo de la teoría positivista, una nueva *antropología*:

(...) se piensa que el hombre es bueno, su esencia, racional, y todos sus sufrimientos serían erradicables mejorando las condiciones higiénicas y sociales de la vida. Por otra parte, la creación sería accesible a la ciencia. De estas dos ideas procede la disolución de todos los viejos vínculos, la destrucción de la substancia, la nivelación de todos los valores; a ellas se debe la situación interior que ha creado la atmósfera en la que todos vivimos, de cuyo cáliz todos hemos bebido hasta apurar sus heces, hasta llegar a su poso más amargo: nihilismo. <sup>7</sup>

<sup>5</sup> J. Casals, *Afinidades vienesas*, op. cit., p. 280.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 304.

<sup>7</sup> G. Benn, *El yo moderno y otros ensayos*, prólogo y traducción de Enrique Ocaña, Pre-Textos, Valencia, 1999, p. 105.

Este concepto, como todos sabemos, adquirió destacada figura y singular relieve en las notas que Nietzsche redactó sobre todo entre 1885 y 1888, cuando preparaba una obra que primero denominó *La voluntad de poder*, luego *Transvaloración de todos los valores* y posteriormente abandonó por completo, al cambiar los planes. Esas fragmentarias notas, sin embargo, vieron en parte la luz de manera indigna en la gran edición, en octavo mayor, de las pretendidas *Obras completas* del filósofo, que aparecieron en Leipzig entre 1901 y 1913, conformando así uno de los hitos forjadores de la cultura del nuevo siglo, la de la Viena de aquellos años muy en particular. No obstante, si queremos dibujar una elemental genealogía del citado término,

si deseamos constatar en qué lugar y en qué momento de la historia del espíritu europeo se presentó por vez primera este concepto fatal como palabra y como vivencia espiritual, tendremos que volver nuestra mirada, como es sabido, hacia Rusia. Su fecha de nacimiento fue marzo de 1862, el mes en que se publicó la novela *Padres e hijos* de Ivan Turgenev. Los historiadores rusos no pueden remontarse más atrás en su investigación sobre los antecedentes de este concepto. Sin embargo, su héroe, Basárov, es ya todo un nihilista y Turgenev lo presenta con este nombre. El término nihilismo se popularizó muy velozmente; el autor cuenta en el epílogo de su novela que cuando en mayo de ese mismo año retornó a Petersburgo, pocos meses después de su publicación, dicho término estaba en boca de todos; era la época de los grandes incendios provocados, del incendio del palacio Apraxine, y alguien le gritó: «Vea usted a sus nihilistas, son ellos los que han hecho arder Petersburgo».<sup>8</sup>

La investigación filológica ha demostrado que estas afirmaciones de Benn no son exactas, pues el concepto de «nihilismo» ya se encuentra usado por Jacobi en 1799, y son muchos los escritores en lengua alemana que desde esa fecha lo utilizaron con relativa frecuencia, por ejemplo, Jean Paul, Görres, Immermann, Meinhold, Auerbach, Gutzkow, G. Keller, etcétera. No obstante, las opiniones del poeta y ensayista berlinés son un buen exponente de lo que durante las primeras décadas del siglo XX un centroeuropeo pensaba sobre la génesis de esta idea, a la que veía directamente relacionada con la literatura y el arte, y con la situación general —intelectual, política, económica y social— que vivió Rusia en la segunda mitad del siglo XIX. Esta constatación ya es suficiente para que reconozcamos una obviedad, a saber, que el concepto de «nihilismo» no fue ante todo un término estrictamente filosófico, ni menos aún una invención nietzscheana original, sino una palabra de difusos contornos y de ambigua significación, la cual nos remite, como a una de sus fuentes decisivas, a la literatura rusa de los años sesenta del siglo XIX. Desde sus particulares puntos de vista, Benn expone a continuación su sesgada lectura de la novela que apareció en dicho período:

---

<sup>8</sup> G. Benn, *El yo moderno y otros ensayos*, op. cit., p. 106. El referido texto de Turgenev puede leerse en la página 213 del vol. III de la biografía de Dostoievski de J. Frank que citaremos más adelante.

El nihilismo de Basárov no era, a decir verdad, un nihilismo en su forma absoluta, no era un negativismo total, sino una fe fanática en el progreso, un positivismo radical inspirado en las ciencias de la naturaleza y en la sociología. Representa, por primera vez en la historia de la literatura europea, el mecanicista consciente de su victoria, el materialista vehemente... Un químico competente, se nos dice, es veinte veces más valioso que el mejor poeta. Prefiero un trozo de queso al mejor Pushkin. Pero ¿no estima usted en nada el arte? Claro que sí: el arte sirve para hacer dinero y curar hemorroides. Cualquier zapatero es superior a Goethe y Shakespeare. Georges Sand es una mujer rezagada, pues no era una entendida en embriología. Y junto a estas verdades entra en escena... el ambiente de lupanar... el culto del atleta, el himno al hombre mediocre, la crítica social pueril. Se deben eliminar los tribunales, suprimir la educación; deben prohibirse las lenguas antiguas por falta de genialidad; ya basta con los impulsos: el hombre debe ser sucio, debe intercambiar las mujeres y dejar que otros las mantengan; hay que beber, pues beber es más barato que comer, y además hay que apestar a bebida...<sup>9</sup>

### III. UNA NOVELA CERTERA Y SUS ENFRENTADOS INTÉRPRETES

\* Como ha explicado Isaiah Berlin en su ensayo «Padres e hijos. Turgenev y la situación liberal»,<sup>10</sup> la publicación de ese libro «causó entre los lectores rusos la mayor tormenta que novela alguna haya causado, antes o después». <sup>11</sup> Levantó una gran controversia, una violenta Babel de voces encontradas, en la que se pueden distinguir al menos cinco actitudes,<sup>12</sup> según las opiniones políticas y estéticas de los lectores. Desde la extrema derecha conservadora y monárquica hasta la extrema izquierda revolucionaria y terrorista, pasando por el liberalismo democrático, el socialismo moderado o los defensores de la comuna rusa y el cristianismo ortodoxo, es decir, según sus grados de identificación o de rechazo de esa figura literaria que estaba inspirada en rasgos de un determinado médico rural, en ideas del crítico literario Belinski, del pensador Dobroliubov o incluso del mismo Bakunin.<sup>13</sup> Desde esta información habría que concluir, por tanto, que Benn delata su propia posición con sus acres comentarios, así como Berlin asimismo delata la suya, a saber, el lúcido y difícil liberalismo que ya reconoce perfectamente perfilado en la persona de su estimado Turgenev. No obstante, también importa que bajo el nombre de «nihilismo» se perciba algo más que una mera posición política, de talante extremo, la de una especie de militante protobolchevique (o, si se prefiere, incluso anarquista) que «desea el cambio radical y no retrocede ante el empleo de la fuerza bruta»,<sup>14</sup> de la violencia cruenta y el fuego incendiario y devastador, ya que bajo tal denominación late la entera sen-

<sup>9</sup> G. Benn, *El yo moderno y otros ensayos*, op. cit., p. 106.

<sup>10</sup> I. Berlin, *Pensadores rusos*, traducción de Juan José Utrilla, FCE, México, 1979, pp. 480-552.

<sup>11</sup> I. Berlin, op. cit., p. 514.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 522-23.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 507-510.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 512.

sibilidad de una nueva generación incipiente, la de los hijos, con una visión completa del mundo, con una filosofía condensada en algunos puntos extraordinariamente significativos, epistemológicos y morales sobre todo. Pues, como resume el agudo profesor británico, en la citada novela los «nihilistas» «rechazan todo lo que no puede establecerse por los métodos racionales de la ciencia natural. Sólo la verdad importa: lo que no puede establecerse mediante observación y experimento es un lastre inútil o molesto —“basura romántica”— que el hombre inteligente debe eliminar sin escrúpulos. En esta pila de cosas inútiles e irracionales incluye Basárov todo lo que es impalpable, lo que no se deja reducir a mediciones cuantitativas: literatura y filosofía, belleza del arte y de la naturaleza, tradición y autoridad, religión e intuición, los supuestos no analizados de conservadores y liberales, de populistas y socialistas, de terratenientes y siervos. Cree en el vigor, la fuerza de voluntad, la energía, la utilidad, el trabajo, la crítica implacable de todo lo que existe. Desea arrancar máscaras, dinamitar todos los principios reverenciados y las normas. Sólo importan los hechos irrefutables, el conocimiento útil».<sup>15</sup> «La fe en el pueblo le parece a Basárov tan irracional como el resto de la “basura romántica”... El primer deber del hombre es desarrollar sus propios poderes, ser fuerte y racional, crear una sociedad en que otros hombres racionales puedan respirar y vivir y aprender... (Él) es la voz del nuevo, encajido y franco egoísmo materialista... Todos los principios, declara Basárov, son reductibles a simples sensaciones... La nueva cultura habrá de fundarse en valores científicos auténticos (es decir, materialistas): el socialismo no es ni más ni menos abstracto que cualquiera de los demás “ismos” importados del extranjero. En cuanto a la vieja cultura estética y literaria, se desmoronará ante los realistas, ante los rudos hombres nuevos, capaces de ver la brutal verdad a la cara.»<sup>16</sup>

Pero el personaje simbólico y poderoso de Basárov está condenado a la destrucción, pues, como ya apuntó Turgenev, su figura está sola ante las puertas del futuro, no la respalda ni acompaña ningún grupo compacto de amigos y discípulos, todavía es un caso aislado, una solitaria excepción. Por lo demás, él también resulta afectado por la pasión amorosa y por el doloroso rechazo de la persona amada, crisis que le rebaja sus orgullosos humos y su apego a la vida, y sucumbe finalmente ante la fuerza ciega de la naturaleza, víctima de una infección, de un desgraciado contagio sin remedios adecuados al realizar una autopsia. Ante estos embates no le queda sino la resignación estoica frente a lo inevitable.

¿Qué fue, pues, en sus ejes principales y en su momento de gestación, ese concreto nihilismo ruso que apareció simbolizado en dicha figura literaria, pero que tenía sus raíces en la realidad socio-político-cultural de la Rusia del siglo XIX? ¿De qué elementos se compone?

<sup>15</sup> I. Berlin, *Pensadores rusos*, op. cit., pp. 508-509.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 510-511.

Joseph Frank lo ha interpretado como la nueva ideología de los años sesenta del citado siglo, sostenida por los intelectuales radicales de expectativas revolucionarias e innegable pasión moral, explícita al principio en los escritos de N. A. Dobroliubov, muerto a los veinticinco años, en 1861, y, sobre todo, de N. G. Chernishevski, ensayista y literato que sufrió una larga condena en presidio y ejerció enorme influencia. Desborda los límites de una opción política de partido, para convertirse en una extraña amalgama intelectual «compuesta de utilitarismo inglés, socialismo utópico francés, ateísmo feuerbachiano y burdos materialismo y determinismo mecánico».<sup>17</sup> Como veremos, Dostoievski se opuso a este cóctel ideológico tan explosivo apenas lo vislumbró después de su experiencia catártica en Siberia y lo combatió directamente con los escritos que redactó a partir de 1863, saldando así cuentas consigo mismo y su propio pasado, aunque sin caer en simplificaciones y maniqueísmos.

Ciertamente, en 1860 se había publicado *El principio antropológico en la filosofía*, libro del citado Chernishevski que llegó a ser –según Joseph Frank– la biblia filosófica de la generación radical del decenio de los sesenta. En él se defendía un materialismo que consideraba al ser humano como totalmente sometido a las leyes de la naturaleza, según las entendían las ciencias por entonces en boga, la química y la fisiología en especial; por lo tanto, no dejaba espacio a lo que pudiera escapar a tal legislación científica, es decir, a la libertad de preferencias y opciones, negando así la existencia del libre arbitrio. La libertad de la voluntad, el deseo y el anhelo en la orientación del comportamiento, quedaban reducidos a meras impresiones subjetivas, determinadas completamente por los hechos externos que las producían. En el campo de la ética se compartía una forma de utilitarismo benthamista que rechazaba los valores morales tradicionales, sobre todo los cristianos. He aquí la sencilla fundamentación antropológica de esta posición: el ser humano en tanto ser natural busca lo que le produce placer porque ello satisface su interés egoísta, cosa que comparte con el resto de organismos; ahora bien, como es un ser racional, acaba aprendiendo que consigue una utilidad más persistente si hace coincidir su propio interés con el de la mayoría de congéneres. El individuo ilustrado se eleva así al nivel de un «egoísmo racional» que es utilitariamente abnegado, alcanzándose entonces la forma más alta de desarrollo. Esta ideología, seguidora de J. S. Mill, no coincidía con la manera de pensar de Dostoievski, a quien la estancia en el presidio le había enseñado que la psique humana jamás renuncia a afirmar su autonomía en la toma de decisiones, y que la moral cristiana de amor, compasión y sufrimiento compartido era una necesidad suprema para el individuo y para la sociedad.<sup>18</sup> Comenzó

<sup>17</sup> J. Frank, *Dostoievski, Los años milagrosos 1865-1871*, traducción de Mónica Utrilla, FCE, México, 1997, p. 23. Lo citaremos como *Dostoievski*, vol. IV.

<sup>18</sup> J. Frank, *Dostoievski, La secuela de la liberación, 1860-1865*, traducción de Juan José Utrilla, FCE, México, 1993, pp. 56-57. Lo citaremos como *Dostoievski*, vol. III.

entonces el profundo diálogo crítico del escritor con los jóvenes radicales del momento.

Detengámonos un instante y analicemos la fuente una vez más. En *Padres e hijos* un nihilista es, desde la etimología latina del vocablo a la que se hace referencia en la novela, *nihil*, una persona que «no reconoce» ni «respeto nada», mejor dicho, que «todo lo considera con sentido crítico», «que no acata ninguna autoridad, que pone en duda y no acepta ningún principio, por muy respetable que sea».<sup>19</sup> Es una especie de niebla tan poderosa y persistente que en ella no se alcanza a ver nada, como sucede al inicio de la novela. Los miembros de la generación anterior, la de los padres, consideran que así, sin reglas ni principios, no puede avanzarse ni respirar, que esa opción es como «existir en el vacío, en un espacio sin aire» y sin moral.<sup>20</sup> Pero los jóvenes como Basárov no «creen en nada», ni siquiera en la ciencia, ya que para ellos no existe «la ciencia en general», sólo existen las ciencias particulares y concretas, como hay diferentes oficios y distintas ocupaciones.<sup>21</sup> El rasgo negativo y destructivo de su nihilismo queda perfectamente subrayado en este importante pasaje:

—[Nosotros actuamos] en virtud de aquello que consideramos útil —replicó Basárov—. Y en el tiempo actual lo más útil es la negación. Por eso nosotros negamos.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Cómo? No sólo el arte, la poesía, sino... da miedo decirlo...

—Todo —repitió Basárov con indescriptible serenidad.

(...)

—Entonces (...) ustedes lo rechazan todo, o dicho con más exactitud, lo destruyen todo. Pero es necesario también construir.

—Eso ya no es cosa nuestra... Primeramente hay que desbrozar el terreno.<sup>22</sup>

Como decía un informe de la policía secreta de la época, «con esta obra... Turgenev marcó a nuestros revolucionarios adolescentes con el cáustico nombre de “nihilistas”». <sup>23</sup> Así interpretaron la novela muchos coetáneos, sobre todo los de tendencias reaccionarias, a saber, como una condena o denuncia sin paliativos del tipo representado por Basárov. Por su parte, Chernishevski la interpretó como una manifestación de odio contra el malogrado Dobroliubov y encargó para que se publicase en la revista *El Contemporáneo* un artículo crítico a M. A. Antonovich, que redactó un texto malévolo y difamatorio contra Turgenev. La revista de los radicales, *La Palabra Rusa*, reaccionó, sin em-

<sup>19</sup> Citamos la traducción de Tatiana Pérez Sacristán de I. Turgenev, *Padres e hijos*, Alianza, Madrid, 1987, 2.<sup>a</sup> ed., p. 23.

<sup>20</sup> I. Turgenev, *op. cit.*, p. 23 y p. 50.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>23</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. III, p. 224.

bargo, de modo muy diferente con un laudatorio ensayo de Dimitri Pisárev, un antiguo seguidor de Chernishevski que desarrolló la línea generacional de los «hijos», interpretando a Basárov como el nuevo «héroe de nuestro tiempo» y presentando la novela como una genuina glorificación del nihilismo en su vertiente más aniquiladora. Los rasgos principales de ese personaje eran, según esta lectura, su «orgullo satánico», su cosmovisión empirista e individualista y su consciente afirmación de ser miembro de la minoría insatisfecha que se separa de las masas y no teme ni hacer descubrimientos científicos mediante los experimentos pertinentes, ni cometer crímenes que se consideren necesarios para la realización de la ansiada novedad. En este sentido, Pisárev opinaba que la figura de Basárov resultaba claramente favorable y positiva, defendiendo esta tesis incluso contra el texto y las propias convicciones de su creador.<sup>24</sup> Por otra parte, la revista coordinada por los hermanos Dostoievski, *El Tiempo*, publicó también un artículo redactado por N. M. Strájov, en el que seguramente se expresaba el punto de vista de Dostoievski, el cual consideraba a Basárov como una figura trágica en el fondo, desgarrada por el conflicto entre su razón nihilista y su gran corazón.<sup>25</sup> Una tensión similar estallará en la personalidad del héroe de *Crimen y castigo*, como luego veremos.

Otras reacciones optaron por la literatura de ficción como el mejor instrumento para intervenir en el encarnizado debate político-cultural que había sido suscitado de hecho por un texto literario que tuvo el acierto de poner el dedo en las llagas del cuerpo social. Surgieron entonces todo un conjunto de obras antinihilistas, como *Los mares tormentosos*, de Pisemski, publicada en 1863, y otras muchas que pintaban a tales jóvenes como canallas repugnantes y egoístas. De entre esta serie destacan por su singularidad dos de las grandes novelas de Dostoievski, *Crimen y castigo*, de 1866, y, en especial, *Los demonios*, de 1871-1872, cuya viva polifonía impide que se las reduzca a mera propaganda reaccionaria. A favor de la nueva generación nihilista también aparecieron las correspondientes contraofensivas, la más famosa de las cuales, que tanta repercusión tuvo sobre los socialistas rusos en general y sobre Lenin en particular, fue la novela utópica del mismo Chernishevski *¿Qué hacer?* de 1863, escrita desde la cárcel. Se trata de un conjunto de relatos sobre la «gente nueva» y sus «nuevas ideas», entendidos como modelo de extraordinarias virtudes morales y como el fermento del futuro paraíso utópico-socialista, organizado en comunas cooperativas, un paraíso que podría ver la luz en suelo ruso, aunque todo ello estaba formulado de manera sucinta y alusiva para que pudiera esquivar los tizeretazos de la censura. El trágico final del protagonista de la novela de Turgenev quedaba ahora refutado, pues los nuevos héroes superaban con portentosa facilidad todo obstáculo que se les presen-

<sup>24</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. III, pp. 225-228.

<sup>25</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 51.

tase, fuese privado o público, gracias a su «egoísmo racional», utilitario e ilustrado, capaz de combinar con seductora armonía las diferentes esferas de la vida, tanto la afectiva, sexual y sentimental, como la profesional, la económica y la sociopolítica. Del mismo modo aparecía en esta premonitoria novela una nueva figura simbólica, Rajmétov, un racionalista revolucionario que se entrega sin vacilaciones a la férrea lógica de la utilidad social y del advenimiento de la utopía socialista, similar a los falansterios imaginados por Fourier. Quizá convenga saber que, dieciséis años antes, en 1847, el joven Dostoievski que visitaba el círculo de Petrashevski también comulgaba con tales sueños de futuro de los fourieristas, sueños que parecía que podían satisfacer por completo las más diversas ansias y apertencias de los humanos.<sup>26</sup> Puede que tampoco sea superfluo añadir que en 1848 y bajo la influencia de Nikolai Speshnev el comprometido escritor ingresó en un reducido círculo secreto dedicado a provocar una revolución entre los campesinos para abolir la servidumbre, cualquiera que fuese su costo en sangre.<sup>27</sup> Si lo hubieran descubierto, no se habría librado de la ejecución de la condena a muerte.

Dejemos, no obstante, ese comprometedor pasado, los años cuarenta, y volvamos a la década de los sesenta. Hay cartas de Dostoievski a Turgenev —como la que escribió el 23 de diciembre de 1863—,<sup>28</sup> y documentos de la época —por ejemplo, los que describen la relación que mantuvo con la joven escritora Anna Korvin-Kriukovskaya en 1865, como las *Memorias* de la hermana de ésta, Sofía, la cual llegó a ser una célebre matemática— que atestiguan que el tema continuo y candente de las discusiones en que por entonces se enzarzaba el novelista era, en efecto, el *nihilismo ruso*.<sup>29</sup> El artista tenía que intervenir en el conflicto no sólo con sus artículos y polémicas ideológicas, como un periodista, sino con la abierta grandeza de sus obras de arte novelísticas.

#### IV. MODERADOS Y RADICALES ANTE EL NIHILISMO

Aprovechando de nuevo las investigaciones de Joseph Frank, precisemos un poco más qué fue eso a lo que propiamente y en sentido estricto se debe llamar *nihilismo ruso*. En rigor, el socialista utópico y defensor del «egoísmo racional» Chernishevski no era un nihilista en el sentido extremo que se llegó a dar a este término a mediados de 1860. Este autor y la revista *El Contemporáneo* se enzar-

<sup>26</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. III, pp. 357-365.

<sup>27</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol IV, p. 21.

<sup>28</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol III, p. 366.

<sup>29</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, pp. 34 y 40. En pp. 75-77 puede verse el informe que nos ha transmitido la sobrina de Dostoievski de cómo éste pasó el verano de 1866 disputando a menudo con los jóvenes «acerca del "nihilismo" de moda y por la cuestión de qué era más importante, "tener botas o tener a Pushkin"».

zaron de hecho en enconadas polémicas con otra revista también de izquierdas, *La Palabra Rusa*, que se convirtió en portavoz independiente de los radicales defensores de la posición nihilista, mucho más severa y extrema, que alentaba a una élite de individuos superiores a pisotear todas las normas morales existentes para que así avanzaran los intereses de la humanidad.<sup>30</sup> Como ya he dicho, su principal ideólogo era el crítico y publicista Dimitri I. Pisárev, de brillante ingenio literario, que ya en 1861 defendía la negación total –lo que no resiste los golpes es basura que no merece conservarse; hay que hacer, pues, *tabula rasa*–, el individualismo –la emancipación del individuo, la realización personal como objetivo principal–, y la vida o el vitalismo como instancia máxima, entendiendo por tal el disfrute de «la seductora variedad de placeres vivos e ilimitados». Al comentar la figura de Basárov este crítico reconoció sus simpatías por la actitud de renuencia a sacrificar el presente en aras del futuro y por esa élite minoritaria y poderosa que ejerce su derecho a desmarcarse de las masas, que son despreciables, rutinarias y conformistas, y a sojuzgarlas según sus intereses, sin que en ello deban coartar las consideraciones morales. Otro de los representantes del ala de «nihilistas inmoderados», partidarios de la industrialización capitalista y el progreso económico de Rusia, con el consiguiente predominio del utilitarismo y de la lógica dictada por la economía como medio de superación de las injusticias sociales, fue V. A. Zaitsev, quien insistió en el desdén para con las masas gregarias y pasivas, reivindicó el darwinismo social y hasta defendió la esclavitud de la raza negra. Los seguidores de Chernishevski, los «nihilistas moderados», por el contrario, tenían una imagen positiva y dinámica del pueblo ruso y esperaban una transformación socialista de la comuna rusa que la modernizaría económicamente sin perder por ello los tradicionales valores de igualdad y fraternidad que la caracterizaban. A mediados del decenio de 1860 los partidarios de Pisárev crecieron en número frente a la línea moderada y su ideología radicalizada, sin utopías ni romanticismos, se convirtió en la moda intelectual prevaleciente, reforzada por la débil reacción de los campesinos recién liberados, incapaces de luchar contra las exigencias de los terratenientes y de rebelarse contra el régimen zarista. De hecho, cuando el brillante articulista falleció en 1868 ya se había convertido en el más popular de los escritores socialistas rusos entre la generación joven y sus libros se estudiaban con encendido apasionamiento.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> J. Frank, vol. IV, p. 90.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 91-100.

## V. LOS PREPARATIVOS DE LA RESPUESTA DE UN NOVELISTA

En septiembre de 1865 Dostoievski, por entonces en Wiesbaden, escribió una carta a M. N. Kátkov, poderoso director anti-radical de la revista *El Mensajero Ruso*, que contiene el primer esbozo de lo que luego será la novela *Crimen y castigo*. El escritor consideraba el argumento de su futuro escrito como muy apropiado para tal revista, pues «se trata del relato psicológico de un crimen. La acción es actual, transcurre en el presente año. Un joven de modesto origen se ve reducido a míseras condiciones de existencia y queda excluido de la comunidad estudiantil universitaria. Poco reflexivo y carente de sólidos principios, se deja influir por algunas ideas extrañas e “imprecisas” que flotan en el aire, y se decide a salir de golpe de su estado. Para ello toma la resolución de asesinar a una vieja...». <sup>32</sup> Esas ideas que pululaban en el ambiente eran las ideas «materialistas y ateas», esto es, nihilistas. <sup>33</sup> Pero lo que empezó como esbozo de un cuento largo, se convirtió al regresar el escritor a San Petersburgo en una extensa novela, que vio la luz a lo largo de 1866 en los números de la citada revista, después de haber cambiado drásticamente la forma de llevar a cabo la narración: aunque el texto final todavía contiene abundantes ejemplos de monólogo interior, la novela no es una confesión en primera persona, sino un particular relato en tercera persona, con fascinantes y «cinematográficas» variaciones temporales, sugerentes aposiciones temáticas y esa asombrosa polifonía que, como explicó Bajtín, caracteriza la peculiar poética de la escritura del artista y pensador Dostoievski.

Pronto la realidad superó a la ficción: el 12 de enero de 1866 un estudiante llamado A. M. Danílov mató a un prestamista y a su sirviente con el fin de saquear su apartamento, lo que se relacionó enseguida con el crimen de Raskólnikov y prevaleció la impresión, como dijo Strájov, de que aquel estudiante había actuado «dejándose llevar por la convicción nihilista general de que todos los medios eran lícitos para mejorar un estado de cosas irrazonable». <sup>34</sup> Meses después, el 4 de abril de 1866, el ex estudiante Dimitri Karakósov atentó contra el zar Alejandro II sin que el disparo alcanzase su objetivo. El suceso levantó grandes alarmas y una represión brutal. En este contexto, Dostoievski escribió una notable carta a Kátkov el 25 de abril de 1866, ya que éste también era director del periódico *La Gaceta de Moscú*, comentando la campaña de prensa que estaba realizándose con motivo del citado magnicidio y expresando la opinión de que dicho periódico «subestima la importancia del nihilismo», como si fuese un fenómeno cuyo epicentro radicase en el extranjero. «Los nihilistas son perfectamente capaces de cualquier cosa, aun por sí solos. La doctrina de “conmoverlo todo

<sup>32</sup> F. M. Dostoievski, *Obras completas*, vol. III, edición de Augusto Vidal, Vergara, Barcelona, 1969, «Prólogo», p. 16.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>34</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 64.

por *les quatre coins de la nappe*, de modo que, al menos, quede una *tabula rasa* para la acción" ... no requiere raíces de ningún tipo. El socialismo (y particularmente en su versión rusa) exige, precisamente, cortar todas las amarras. Usted sabe que están convencidos de que en una *tabula rasa* podrán construir al punto un paraíso. Como bien sabe usted, Fourier creía que con sólo construir un falansterio, todo el mundo se cubriría inmediatamente de falansterios; tales fueron sus palabras. Y nuestro Chernishevski solía decir que con que él pudiera hablar sólo un cuarto de hora con el pueblo, inmediatamente lo convencería de volverse socialista.»<sup>35</sup>

A ojos de Dostoievski, si los nihilistas habían logrado influir sobre la juventud rusa no era por ser esos desalmados radicales a quienes la prensa atacaba de manera tan implacable que los llamaba perversos canallas, sino —y aquí salen a relucir las simpatías del novelista— por «su entusiasmo por el bien y su pureza de corazón». Muchos estudiantes «¡se han vuelto nihilistas por pureza, por desinterés, en nombre del honor, la verdad y la auténtica utilidad!».<sup>36</sup> Son jóvenes con afán de perfección que están inermes ante tales doctrinas. Esos «inocentes están convencidos de que el nihilismo les ofrece la mejor oportunidad de mostrar su actividad cívica y social y su libertad».<sup>37</sup> Por tanto, Dostoievski era partidario de que no se emplease la fuerza de manera indiscriminada y represiva, con férreos controles administrativos e insoportable censura, sino que se abrieran espacios para la libre expresión ciudadana y para que fuera posible una educación en otras convicciones más sanas y responsables que las defendidas por los nihilistas. Pues, «¿cómo se puede combatir al nihilismo sin libertad de palabra? Aun si a ellos, los nihilistas, se les diera toda libertad de palabra, aun así sería mejor; harían reír a toda Rusia con la explicación *positiva* de sus enseñanzas. Mientras que hoy se les atribuye la apariencia de esfinges, de enigma, sabiduría, secreto, y esto fascina a los que no tienen experiencia».<sup>38</sup> En conclusión, no basta el secretismo de los sumarios y la condena por decreto, se requiere un diálogo crítico y público, aunque, por desgracia, «en los ministerios tal vez no haya uno solo que sepa cómo hablar a los nihilistas».<sup>39</sup> Ante la política de puertas cerradas y silencio obligado muchos jóvenes llenos de ideales y de buena voluntad acababan en brazos de los radicales revolucionarios, actitud que desde su propia biografía el escritor comprendía incluso demasiado bien. En conclusión, y como dice Frank, «le era imposible quedarse al margen, mirando, mientras tantos de sus compatriotas estaban siendo llevados al desastre por los "flautistas de Hamelin" del nihilismo, a cuyo son danzaban los jóvenes con tanto autosacrificio y fervor moral».<sup>40</sup> Dostoievski quería

<sup>35</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 71.

<sup>36</sup> *Idem.*

<sup>37</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 72.

<sup>38</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 73. (La cursiva es mía.)

<sup>39</sup> *Idem.*

<sup>40</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. I, p. 74.

contrarrestar las nefastas consecuencias criminales que, según sus previsiones, surgían de las doctrinas sociales y morales del nihilismo ruso.<sup>41</sup> Su respuesta en profundidad, su tensa señal de alerta, fue precisamente la redacción de *Crimen y castigo*.

No hemos de leerla, sin embargo, como si fuese una disputa escolástica, la defensa de una tesis académica o una sesión parlamentaria indirecta, disfrazada de literatura. Frank advierte que «las doctrinas del nihilismo ruso de las que partió Dostoievski tienen que parecernos bastante ñoñas si se las juzga dentro de un horizonte filosófico más vasto», o puede que hasta gocen de nuestras simpatías, pero no es ésa la cuestión, no estamos analizando sistemas filosóficos, ni reconstruyendo una época de la historia de la filosofía de la Modernidad. Nos disponemos a leer a un escritor: la grandeza del novelista radica en presentar las posiciones ideológicas que percibía en su país con tal densidad y tal finura de matices, encarnadas en personajes de inolvidable presencia y actitud, unos seres humanos muy concretos que al interactuar viven momentos de hondura dramática y enfrentamientos trágicos comparables a los que desencadenan los protagonistas del teatro griego clásico y de los dramas isabelinos.<sup>42</sup> Desde esta dinámica de vidas entrelazadas que no cesan de expresarse y afirmarse, aquellas doctrinas cobran dimensiones colosales y trascienden su ligazón con la época y sus rasgos caracteriológicos peculiares. En este sentido, el trabajo de Dostoievski como novelista no es el del copista, o naturalista, o realista sin fantasía, ni menos el del panfletario que busca prosélitos en campaña de lucha ideológica, sino el del artista creativo que imagina situaciones extremas en que determinadas premisas desarrollan muchas consecuencias que llevaban implícitas sin que previamente se sospechasen tales implicaciones, como sucede con el paso de la utopía al crimen. Por consiguiente, para mostrar la presencia de las ideas nihilistas en su voluminosa novela alteraremos nuestra forma de proceder: leer un texto literario requiere su metodología específica, no basta con resumir una historia, como si la novela se redujese a un argumento, ni pueden atribuirse al escritor las palabras que brotan de la boca de sus diferentes héroes. Hay que escuchar la polifonía de sus voces para captar los diferentes sentidos que entonces resuenan.

#### VI. PERSONAJES NIHILISTAS: LEBEZIÁTNIKOV COMO SÍNTOMA

En *Crimen y castigo* aparece expresamente el término «nihilista» en un par de ocasiones, por lo tanto, más que proyectar desde el conocimiento de aquel contexto histórico lo que podría o debería ser un nihilista típico, conviene que

<sup>41</sup> J. Frank, *Dostoievski*, vol. IV, p. 123.

<sup>42</sup> *Idem*. Ésta es también la opinión de G. Steiner, cf. su libro *Tolstoi o Dostoievski*, Era, México, 1968.

veamos su presentación textual. La primera de esas apariciones se halla en el capítulo primero (1) de la Quinta Parte (V) de la novela, capítulo dedicado a mostrar la forma de vida de dos personajes, en apariencia amigos, el abogado Piotr Petróvich Luzhin y el joven Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, empleado en la administración —es funcionario de un ministerio—, antiguo pupilo del primero. Luzhin, procedente de provincias y todavía sin un piso en condiciones en la capital, reside momentáneamente en la habitación petersburguesa de Lebeziátnikov, no sólo por tacañería, sino también porque ha oído hablar de éste «como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados, que incluso desempeñaba un papel considerable en determinados círculos, tan misteriosos como legendarios», «círculos poderosos, omniscientes, que despreciaban y desemmascaraban a todo el mundo», y con los que, por tanto, convenía congraciarse.<sup>43</sup> No reconstruiremos ahora la rastrera personalidad de este abogado, pues importa que centremos la atención en la figura de su joven «amigo», al que se ve como uno de esos «progresistas, nihilistas, acusadores y otros» que existían en San Petersburgo, calificativos cuyo sentido e importancia muchas personas, como niños asustadizos, exageraban y desvirtuaban hasta límites absurdos, en opinión del narrador.<sup>44</sup> Sin embargo, si se les mira y conoce de cerca, esos nihilistas son bastante débiles, parece decirnos el novelista a su través, y, para concretar ese juicio, nos los presentará con todo pormenor, sin necesidad de cargar las tintas. A tales jóvenes se los denomina como «nuestras generaciones nuevas», término ya popular —gracias, como he dicho, a la novela *¿Qué hacer?* de Chernishevski— que servía para agruparlos e identificarlos; la expresión, en efecto, aparece entremillada repetidas veces en el texto, como si fuera un término técnico para determinado tipo de «nihilistas», con muchos ecos y reverberaciones en la novela entera, como se percata uno.

Así pues, esos individuos no son tan fieros como los pintan quienes los desconocen, pues Piotr ya ha comprobado que al menos Andréi es «una persona de lo más trivial y simple», un estúpido, bastante corto de entendederas, si bien comparte con el resto de progresistas «pensamientos, teorías y sistemas» que les dan cohesión y agrupan. Ese joven no se emborracha, paga puntualmente el alquiler, tiene bastante buen fondo, pero habla en tono engreído y a veces hasta ridículamente arrogante. «Se había incorporado con pasión a la corriente del progreso y de “nuestras generaciones nuevas”. Era uno de tantos, en esa incalculable y abigarrada legión de majaderos de escasos alcances, engreídos aunque nunca llegan a adquirir conocimientos sólidos, que se adhieren sin falta a cualquier idea puesta en boga para vulgarizarla al momento, para poner en ridículo

<sup>43</sup> F. Dostoievski, *Crimen y castigo*, edición de Isabel Vicente, Cátedra, Madrid, 2005, 7.ª ed., pp. 483-484. Citaremos CC, indicando en números romanos la parte y en arábigos el capítulo de la novela a los que pertenecen los textos citados (en este caso V, 1: V (parte quinta), 1 (capítulo primero)).

<sup>44</sup> F. Dostoievski, CC, p. 484 (V, 1), la cursiva es mía.

todo aquello que ellos mismos profesan, en ocasiones con bastante buena intención.»<sup>45</sup> De hecho, Andréi «había intentado explicarle [a su antiguo tutor] el sistema de Fourier y la teoría de Darwin», sin éxito en «su labor de *proselitismo*».<sup>46</sup> Como joven que es, le gusta conversar con gente de su edad, con su antigua vecina Sonia, por ejemplo; le agrada prestar libros que divulguen sus ideas (como la *Fisiología*, de Lewes)<sup>47</sup> y contar cómo son «las asociaciones de obreros en Francia».<sup>48</sup> Una de sus obsesiones centrales es la fundación y organización de una comuna, «nueva y especial», que contará con una base más amplia que las anteriores. Gozará de la correspondiente libertad sexual, sobre todo de las mujeres, así como de un conjunto de conductas novedosas, por ejemplo, dejar de bautizar a los futuros hijos, mofarse de los ritos y prejuicios tradicionales e inútiles (como la castidad y el pudor femeninos, el besamanos a las mujeres, o las misas de difuntos y las comidas de exequias, etcétera) y todo ello será asumido por sus diferentes miembros tras un proceso de formación, fruto de la ilustración y del progreso, que buscará la emancipación de la mujer y liquidará lo que carece de utilidad. En la sociedad futura habrá igualdad de sexos, incluso en la fuerza respectiva, si bien entonces tal igualdad será un logro insignificante, pues ya no habrá peleas entre ellos. La comuna constituirá una forma distinta de vivir en sociedad, una protesta contra los prejuicios existentes, de ahí la necesidad de las uniones libres frente al matrimonio legítimo y su consecuencia natural, los «cuernos», y la obligación de fomentar el progreso y la propaganda protestando contra la familia actual, contra los propios padres y su obsoleta forma de vida, reivindicando incluso la prostitución como enérgica protesta contra la organización social que impera en el presente. En la sociedad futura todos gozarán de condición libre, el papel de las mujeres emancipadas «tendrá una significación distinta, estará definido de manera lógica y racional»: lo que ahora es estúpido se convertirá allí en sensato, lo que aquí resulta artificial resultará allí perfectamente natural.<sup>49</sup> Cualquiera tendrá el derecho de entrar a cualquier hora en la habitación de cualquier otro miembro de la comuna, sea hombre o mujer. Una mujer respetará a su marido en la medida en que, afirmando su propia felicidad, tendrá amantes a la luz del día, con lo cual en el léxico del futuro desaparecerán los vocablos vilipendiosos.<sup>50</sup>

Este *sistema* de ideas, como así se le llama,<sup>51</sup> tiene un fundamento, a saber, la tesis que afirma que «todo depende del ambiente y del medio en que se desarrolla la persona. Todo depende de eso porque el individuo, por sí solo, no es

<sup>45</sup> F. Dostoievski, CC, p. 485 (V, 1).

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 485 y 486 (V, 1).

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 83 (I, 2).

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 492 (V, 1).

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 490 y p. 499 (V, 1).

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 499 (V, 1).

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 493 (V, 1).

nada».<sup>52</sup> Quienes defienden dicho sistema se saben situados en una determinada línea de pensamiento, pero en un estadio más avanzado y radicalizado que el de los humanitarios años cuarenta o el de los socialistas moderados de comienzos de los sesenta: «Hemos llegado más lejos en nuestras convicciones. ¡Rechazamos muchas más cosas que antes! Si Dobroliúbov saliera de su tumba yo discutiría con él. Y a Belinski le dejaría en pañales», dice Lebeziátnikov.<sup>53</sup> Es evidente, por lo demás, que en su caso todo ello ya no son meras ideas, se trata de «convicciones», de creencias o artículos de su credo, pues tras seguir el proceso de preparación y orientación, el objetivo final es que un prosélito llegue a tener «fe en el sistema».<sup>54</sup> Una vez convencido, como lo está Andréi, el hecho de tener que limpiar los pozos negros y las alcantarillas ya «no supone ningún sacrificio. Eso es, sencillamente, un trabajo, una actividad noble y útil para la sociedad como cualquier otra y muy superior a la actividad de un Rafael o un Pushkin, digamos, por el hecho de ser útil». Ahora bien, esa actividad no es útil porque sea noble, sino al revés, es noble porque es útil. La conclusión está clara, como remacha Andréi: «Para mí, sólo existe la palabra *útil*».<sup>55</sup> Con esta inequívoca defensa del utilitarismo acaba esta presentación de la manera de pensar de un miembro avanzado de la «generación joven», de un «progresista» o «*nihilista*» peterburgués de la época, ideología y sueño de forma de vida que Dostoievski ofrece al lector con las propias palabras del sujeto de tal discurso, las que profiere con su voz particular uno de sus representantes al conversar personalmente con un «amigo» y al tratar de convencerle.

El lector de la novela ya sabe, sin embargo, otras muchas cosas del personaje, pues desde el capítulo II de la Primera Parte ha conocido en sus ideas y actitudes, aunque sea a través de lo que de él dicen otros. Por ejemplo, su vecino Marmeládov cuenta que este «*nihilista*», Lebeziátnikov —un apellido, por lo demás, con connotaciones de «lameculos»—, golpeó a su mujer estando él borracho perdido.<sup>56</sup> Mucho después nos enteraremos de que, al margen de la idiosincrasia de esta señora tan combativa que recibió los golpes, el joven progresista no sólo es partidario del igualitarismo radical entre los sexos y sus respectivas fuerzas, sino que, cuando sufrió la agresión física de la dama, unos arañazos, no dudó en contestarle con sus puñetazos, aunque ella arañase y él golpease, y aunque el «caballero» de la aguerrida «dama» no pudiese defenderla y a pesar de que con tal conducta agravara profundamente los aristocráticos sentimientos de la vieja y enferma señora, causándole más dolor con esa descortesía que con los fuertes golpes dados en supuesta autodefensa que, por lo que dicen, se

<sup>52</sup> F. Dostoievski, *CC*, pp. 490-491 (V, 1).

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 491 (V, 1).

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 493 (V, 1).

<sup>55</sup> *Idem*.

<sup>56</sup> F. Dostoievski, *CC*, p. 79 (I, 2).

convirtieron en una buena paliza. La enorme distancia entre teoría y práctica, entre sus fantasías y la realidad, resalta a las claras.<sup>57</sup> Pero Lebeziátrikov tendría respuestas para todo: que las damas chapadas a la antigua, por ancianas que sean, se hagan feministas emancipadas y entrenadas. Andréi, que está al corriente de «las ideas nuevas», ha explicado además que «en nuestros días, la compasión ha sido incluso prohibida por la ley y que así ocurre ya en Inglaterra, donde se practica la economía política»;<sup>58</sup> por consiguiente, él no se compadece, es decir, no presta dinero, no da limosnas, ni practica la beneficencia a particulares, ni tolera de hecho la convivencia con las prostitutas, por ser todo ello errores sociales, soluciones parciales y no radicales a los problemas, al margen de andar él mismo casi siempre desprovisto de fondos y de desear obsesivamente que las otras personas despierten y ejerzan su espíritu de protesta, para lo cual, como ya vimos, divulga su ideología y presta libros «avanzados», por ejemplo, la *Exposición general del método positivo*.<sup>59</sup> En conjunto, pues, este tipo puede resultar ridículo, fantasioso, cegato, pero en los textos del artista Dostoievski no estamos ante un pelele o una marioneta, sino ante una persona con sus sueños y limitaciones. En efecto, este personaje de tan corta e inflexible inteligencia demuestra, no obstante, gran dignidad moral al deshacer la grave calumnia que Luzhin intentaba montar a expensas de la indefensa Sonia al meterle un billete en el bolsillo sin que ella lo notara. En este caso no duda en ir contra sus principios y en prestar juramento ante un tribunal.<sup>60</sup> Para desautorizarle, el rencoroso abogado lo acusa de defender «planteamientos sociales de librepensador y ateo», sin conseguir con ello asentimiento popular. Raskólnikov explica entonces las sucias motivaciones del miserable Luzhin, con lo cual la acusación de éste se repite, pero ahora incluyendo al mismo Raskólnikov en el colectivo: «dos ateos, rebeldes y librepensadores empedernidos». <sup>61</sup> No obstante, en este caso estamos ante otro tipo bastante diferente de *radical*, cuyos golpes pueden convertirse en hachazos mortales.

## VII. EN TORNO AL NIHILISMO DE RASKÓLNÍKOV Y SUS VARIANTES

Con esta asociación, en la que el resentido abogado engloba en el mismo grupo a Lebeziátrikov y al personaje central de la novela, al airado joven que le ha desbaratado sus planes de matrimonio, como si por sus ideas ambos fuesen «nihilistas» recalcitrantes, paso a analizar la segunda aparición en el texto del

<sup>57</sup> F. Dostoievski, *CC*, p. 82 (I, 2) y pp. 487-488, (V, 1).

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 80 (I, 2).

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 85 (I, 2), pp. 486-492 y 498 (V, 1) y p. 527 (V, 3).

<sup>60</sup> *Ibidem*, pp. 525 y 528, (V, 3).

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 528 y p. 531, (V, 3).

término «nihilista», que, por el contexto, apunta también con ironía al nihilismo particular de Raskólnikov, como si éste perteneciese, con todo derecho y por méritos propios, a las «nuevas generaciones». Veámoslo: momentos antes de entregarse, el criminal mantiene una conversación con Ilyá Petróvich, el fogoso «teniente Pólvora» de la comisaría de su distrito. Este oficial, consciente de haber actuado de manera inadecuada durante la primera visita del joven y enterado ya de que éste había publicado un artículo, le habla ahora con reconocimiento de su dedicación a la literatura y al estudio:

Usted ha elegido la carrera de la erudición y no le arredran los reveses. Para usted puede decirse que todos los encantos de la vida *nihil est* porque es un asceta, un monje, un eremita... Para usted, el libro, la pluma detrás de la oreja, las indagaciones científicas... Eso es lo que da vuelo a su espíritu. (...) La verdad es que, hoy día, se han difundido mucho los nihilistas. Y se comprende. ¿Quiere usted decirme qué tiempos son estos en que vivimos? Pero, yo estoy con usted... Porque usted, naturalmente, no es un nihilista, ¿verdad? Francamente, ¿eh?, francamente.<sup>62</sup>

La broma con la que Dostoievski está aludiendo a la verdadera personalidad del «héroe» es obvia. El lector entiende perfectamente que la ideología y el comportamiento asesinos del contradictorio personaje guardan relación muy estrecha con el nihilismo, aunque éste sea muy distinto del que manifestaba el estúpido de Lebeziátnikov (y los compañeros de su grupo y de su fantaseada comuna) y también del que, por conveniencia, miedo y mimetismo, podía representar el lamentable Luzhin, como apuntan varios detalles de la novela desde su primera aparición indirecta: «En muchos aspectos comparte “las convicciones” de nuestras generaciones más nuevas», y «es hombre enemigo de todos los prejuicios».<sup>63</sup>

La cuestión del nihilismo de Raskólnikov es difícil porque su personalidad es más original y compleja, irreductible al aspecto ideológico-político-social, pues también la configuran rasgos psicológicos de notables contrastes. Así es capaz de aguda sensibilidad poética, de compasión, de desprendimiento, de generosidad, de amistad e incluso de amor, aunque todo ello lo exprese sin palabras, con gestos y acciones, y lo combine con arrogancias, ira y soberbia. Tampoco le haría justicia el adjetivo de «ateo», a pesar de que se lo haya dicho Luzhin y de que sigan respetándose los presidiarios en Siberia,<sup>64</sup> y de sus enormes diferencias con Sonia,<sup>65</sup> pues, por ejemplo, también pide que le lean el episodio evangélico de la resurrección de Lázaro,<sup>66</sup> o que recen por él.<sup>67</sup> No obstante, está claro

<sup>62</sup> F. Dostoievski, p. 678 (VI, 8).

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 104 (I, 3). Sería conveniente analizar lo que dice en determinada conversación, pp. 235-240 en especial (II, 5). Por cuestiones de espacio dejaremos sin desarrollar el nihilismo de este personaje.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 695 (Epílogo).

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 440 (IV, 4).

<sup>66</sup> *Ibidem*, pp. 441-445 (IV, 4).

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 281 (II, 7) y p. 663 (VI, 7).

que Raskólnikov defiende determinadas ideas, es todo un ideólogo, en especial como autor de un artículo, «Acerca del delito», que envía para su publicación. Es decir, las defiende como escritor y pensador, como un incipiente intelectual, como joven estudiante inteligente que no se arredra a la hora de exponer lo que piensa no sólo cuando dialoga consigo mismo, o ante sus familiares y amigos (como cuando habla con Razumijin), sino incluso hasta delante de un juez de instrucción de gran experiencia y dialéctica, que lo podría enviar a la cárcel: aunque ignora si la enfermedad engendra el delito o si es el delito el que siempre va acompañado de una especie de enfermedad, sí ha decidido y concluido que, en su caso, no podrían producirse tales alteraciones morbosas, que no le abandonarían el discernimiento y la voluntad durante la ejecución de lo que tenía pensado, por la única razón de que eso «no era un delito». Y no lo era porque «tenía pleno derecho» a delinquir, ya que se considera una persona extraordinaria que ha de realizar su idea y decir algo nuevo,<sup>68</sup> esto es, «dar un paso nuevo, pronunciar una palabra nueva».<sup>69</sup>

Los lectores, en efecto, conocemos con todo detalle cuál es «el lúgubre catecismo que se había convertido en su ley y en su creencia», como bien resume el narrador después de presentar los móviles que llevaron a cometer el crimen. Móviles que reconoce y expone el mismo Raskólnikov ante Sonia: quiso ser un Napoleón, emprender un camino nuevo, seguir la ley que impera en la naturaleza y en la historia, pues «sé que tiene poder sobre las personas quien es fuerte por su inteligencia y su espíritu. Para la gente, el que se atreve a mucho es el que lleva razón. El que más cosas menosprecia se convierte en su legislador y el más atrevido es el más escuchado. Así ha ocurrido hasta ahora, y así será siempre».<sup>70</sup>

Y por si fuera necesario que tal teoría hallase formulación más objetiva por parte de un tercero, de un observador participante, de una persona competente, durante la tercera y última conversación con Porfiri vamos viendo cómo éste, con profunda tristeza, dibuja ante el joven el proceso que éste, en realidad, ha sufrido:

(...) un caso típico de ahora, de esta época nuestra en que el corazón de los hombres está confundido..., en que la existencia entera se concibe dentro del confort. Aquí se advierten ensañaciones librescas, aquí está presente un corazón soliviantado por las teorías... mató a dos personas para sustentar una teoría... mató y se tiene por un hombre honrado, desprecia a la gente y anda por el mundo como un ángel pálido... Mató *usted*, Rodión Románovich. Usted fue quien mató... Entréguese a la justicia... de modo que su delito aparezca como una ofuscación, ya que en conciencia, una ofuscación ha sido... Ya no tiene fe en nada... Se inventó una teoría y ahora se avergüenza de que no sea válida ni tan original como usted se creía. El resultado ha sido una vileza, cierto; pero usted no

<sup>68</sup> F. Dostoievski, *CC*, p. 145 (I, 6) y pp. 362-371 (III, V).

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 66 (I, 1).

<sup>70</sup> *Ibidem*, pp. 544-550 (V, 4).

es un ser vil sin remedio... El sufrimiento también es una cosa buena. Acéptelo... Entréguese a la vida sin vacilar, sin vacilaciones... Usted no cree ya en su propia teoría.<sup>71</sup>

He aquí el largo proceso que ha seguido este nuevo Basárov, imagen desarrollada y perfilada de un radical de los años sesenta que en un plano individual pone en práctica sus ideas y asiste al desencadenamiento de las consecuencias que llevan implícitas: el derramamiento de sangre.

Asumirlo, no obstante, es muy difícil: como es sabido, serán sobre todo las tres conversaciones que sostiene con Sonia las que posibilitarán su confesión de la autoría del crimen, aunque tan sólo muchos meses después, cumpliendo la pena en el presidio de Siberia, tras una experiencia traumática de soledad y enfermedad, con las imágenes de un sueño esclarecedor, de una pesadilla clarividente,<sup>72</sup> y, en especial, gracias a la amorosa compañía de Sonia, sólo entonces el joven estudiante conseguirá reconocer que estaba equivocado y comenzará por sentir de otra manera y por empezar a vivir de otra manera. Pero eso acontece en el «Epílogo», al final de la historia narrada, en un apéndice sin detalles ni singularizada representación: la novela propiamente dicha sólo muestra las complejidades de un caso concreto en el que determinadas ideas llevan a un crimen, a una horrible maldad, al asesinato de la usurera y al a todas luces injustificable de la dulce Lizaveta, quien seguramente (y Raskólnikov lo había oído con claridad) estaba encinta; tres vidas humanas aniquiladas, así pues, para probarse uno a sí mismo que no es un piojo sino un individuo superior.

La novela también presenta otros personajes con quienes el «héroe» se relaciona y que, por su cercanía a veces, por sus contrastes en otras ocasiones, ayudan a que el lector perciba mejor los rasgos nihilistas de la posición de Raskólnikov, en especial en lo que constituye el eje del libro, el doble asesinato y la lenta clarificación de los motivos de ese acto criminal. Entre estos personajes se hallan no sólo los ya citados Lebeziátnikov y Luzhin, sino también, por ejemplo, determinados conocidos y amigos de Razumijín de ideas socialistas con quienes éste discute<sup>73</sup> y cierto estudiante que conversa con un joven oficial en un local, cuyas ideas parecen reproducir a la perfección el íntimo sentir, los gérmenes y fermentos dispersos e inconexos que están incubándose por entonces en la mente de Raskólnikov.<sup>74</sup> Además, desde muy pronto —desde el capítulo III de la Primera Parte (I, 3)— sabemos de la existencia de otro personaje muy particular,

<sup>71</sup> F. Dostoievski, *CC*, pp. 593-600 (VI, 2).

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 696-697 (Epílogo).

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 359-361 (III, 5), he aquí el esquema de tal posición: «(...) la teoría de los socialistas... el delito es una protesta contra la anormalidad de la estructura social... todo se debe a la "influencia del medio ambiente"... Si se le da a la sociedad una estructura normal, desaparecerán de golpe todos los delitos, pues no habrá nada contra lo que protestar y, sin más, todos nos convertiremos en justos. La naturaleza humana no se toma en consideración: ¡es excluida, no existe!».

<sup>74</sup> *Ibidem*, pp. 137-140 (I, 6), en especial, las siguientes palabras: «(...) ¿no crees tú que millares de buenas acciones pueden borrar un crimen insignificante? Por una vida, miles de vidas salvadas de la podredumbre y de la

Svidrigáilov, que cada vez cobra más relieve en la novela. Su papel en la estructura del libro es más importante de lo que se sospecha en una primera lectura, pues también representa la figura de otra modalidad de nihilismo radical, la de otro tipo de criminal. Se trata de un asesino inteligente y maduro que tras cometer en su vida varios «crímenes perfectos», consigue siempre escapar de la justicia y disponer de dinero y elevada posición social. Como él enseguida detecta, tiene más puntos en común con el joven Raskólnikov de los que éste sospecha o está dispuesto a admitir. Pero, además, es un cínico egoísta que no cree en nada en absoluto, que intenta seguir explotando a determinadas mujeres y que, rechazado definitivamente por su nueva pasión en un enfrentamiento a muerte, acaba suicidándose. Esta terrible figura significa una alternativa permanente a la seguida por Raskólnikov al confesar y entregarse a la justicia, a saber, el suicidio, la liquidación de la voluntad de vivir, la opción que prefiere definitivamente la nada, pues cualquier posible entretenimiento ya le resulta una reiteración aburrida, una fatiga insoportable, futuras noches repletas igualmente de frío y pesadillas. Creo que con tal personaje Dostoievski ha querido mostrar esa otra cara, casi idéntica, del nihilismo criminal y radicalizado, aunque su caso parezca irrelevante desde un punto de vista político o ideológico: el nihilista sin apertura dialógica y reconocedora hacia las otras personas, el cínico egoísmo sibarita de quien se ha convertido en una mónada sin aperturas que concluye aborreciendo la existencia, perdiendo el afán de vivir, una vez agostado hasta el sueño de abrirse a lo otro, de viajar al nuevo mundo, de irse a América. Sólo le resta la autoaniquilación. La absoluta crisis de valores que representa determina hasta la médula un tipo de nihilismo que revela aspectos ocultos en las anteriores versiones de esta siniestra enfermedad.

---

corrupción. Una muerte a cambio de cien vidas, ¿qué me dices de es aritmética? Además, ¿qué pesa en la balanza general la vida de esa vieja tísica, estúpida y malvada? Lo que la vida de un piojo, de una cucaracha; ni siquiera eso, porque la vieja es dañina... A la naturaleza se la corrige y se la orienta. De lo contrario, nos ahogáramos en un mar de prejuicios. De lo contrario, no habría habido ningún gran hombre».